

cho de usted, se den las órdenes conducentes para que se ejerza la correspondiente sanción sobre los promotores y actores de un motín tan salvaje y tan injustificable como éste que denunció al elevado criterio y al acendrado patriotismo que a usted distinguen.

No duda este Despacho de la eficacia de las medidas que tomará usted sobre este asunto, las cuales ruego a usted se sirva comunicarme, anticipando a usted por ello las expresiones de mi agradecimiento.

Dios guarde a usted.

C. CUERVO M.

## SERMONES Y DISCURSOS ESCOGIDOS

DEL DOCTOR RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

### PROLOGO

Publícanse en este volumen varias oraciones sagradas y profanas, pronunciadas en una vida ya larga de sacerdote y pedagogo.

Siempre que un autor reúne sus obras, se cree en el deber de justificar, o disculpar a lo menos, su conducta. Parece que bastaría decir que se juntan los discursos para lo mismo que se pronunciaron y se publicaron dispersos: con el fin de que sean conocidos del público más o menos ilustrado.

Mas es lo cierto que no suelen coleccionarse sino trabajos de algún mérito literario o científico; de donde han venido los florilegios a ser tenidos como timbre honorífico, cuando ajenas manos los forman, y como pecado de vanagloria cuando proceden del propio autor de las piezas elegidas.

El del presente opúsculo jamás ha emprendido trabajo puramente literario, ni soñado en cultivar el arte por el

arte, ni abrigado la loca pretensión de enriquecer las letras patrias. Su propósito ha sido propagador y docente. De otro modo no habría dicho una frase en público ni habría impreso una línea, porque conoce, a Dios gracias, lo bastante para saber que nunca pasó ni pasará de lo mediano, y no ignora que, en punto de arte, lo mediocre y lo malo son igualmente indignos del trabajo de los tórculos y de la atención de oyentes y lectores.

*Mediocribus esse pœtis*

*Non homines, non Di, non concesserê columnæ*

que dijo sabiamente Horacio.

Más humildad que soberbia revela quien colecciona sus discursos. Cuando se declamaron estaban acordes con la ocasión y con el ánimo del auditorio, vibraban con la vida que infundía en ellos el aliento poderoso de la palabra oral, se ostentaban ataviados con las gulas del gesto y de la acción. Impresos, quedan secos y marchitos; son flores guardadas entre las páginas de un libro. Además, varios trabajos de un solo autor cansan por lo igual del estilo en todos ellos. Una casa en el campo llama la atención; en la fila de una larga calle pasa inadvertida.

Se pretende, al formar este libro, que la doctrina sobreviva a la palabra fugaz, a la hoja periódica volandera, y sirva por algún tiempo a las almas ingenuas y sencillas, que no pueden engolfarse en las monografías de los sabios y aprovechan nociones de segunda mano expuestas con claridad y llaneza.

La tendencia de este libro es origen de uno de los más graves defectos de que la crítica pudiera tacharle; la repetición en varios discursos de unos mismos conceptos, de idénticas citas, y hasta de frases y cláusulas enteras. La gota cava la piedra, y las ideas cien veces expuestas acaban por penetrar aun en los entendimientos más prevenidos contra ellas. Podría disculparse la falta de novedad con el ejemplo de los santos Padres: San Jerónimo insiste

en varios pasajes de sus obras sobre las excelencias de la virginidad; hasta en tres homilías distintas expone San Gregorio Magno las señales precursoras del juicio universal; y son muchos los documentos de San Ambrosio sobre el deber de los Emperadores de abolir los postreros vestigios de la religión pagana.

Consta este opúsculo de varias especies de discursos. Quien sepa que ha sido la predicación la preferente labor del que esto escribe, extrañará que no figure aquí sino una veintena de sermones. Ha creído el autor que, al anunciar la palabra divina, tenía que sacrificar la forma literaria, su propia variedad, al provecho de los oyentes. Dadas la cortedad de su fantasía y la parsimonia de sus movimientos pasionales, es lo cierto que, por mucho que se prepare con estudio y oración, no atina, sentado en el bufete, con la pluma en la mano y las cuartillas delante, con la frase colorida y ardiente que pueda ilustrar y conmover al futuro auditorio. Necesita, si no para volar, a lo menos para no arrastrarse, del recinto sagrado, de la vista del gentío que colma las naves, de las impresiones gratas o penosas retratadas en los semblantes, y hasta de la sensación de temor, que nunca le ha dejado por entero, y que ha de parecerse a la del soldado veterano, al oír los primeros disparos del combate. De los sermones que aquí figuran, hay unos tres o cuatro escritos de antemano, otros que se re-dactaron después de pronunciados, y algunos recogidos en taquigrafía, a hurto del predicador, por algún piadoso oyente. Las oraciones de otro orden que aparecen en esta obra fueron escritas y relamidas, y leídas después en las respectivas ocasiones. Sería injuria a la oratoria clasificarlas entre las producciones de esta reina de las buenas artes.

Es de esperar que, a falta de elocuencia, encuentre el lector, en los discursos que siguen, el suave calor de una convicción sincera, y el plan ordenado y la claridad de idioma aprendidos en la dilatada práctica de instruir a los jóvenes y adoctrinar a los niños.—R. M. C.